

LA HORA UNDECIMA

(Hacia una teoría de lo venezolano)*

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

... Finalmente (el padre de familias) Salió cerca de la hora undécima, y vió a otros jornaleros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña... Puesto ya el sol... los que habían ido cerca de la hora undécima y los primeros, recibieron igualmente un denario.
–*Mateo, 20, 6-10.*

¡Quién podrá presumir de sentirse instalado en cosa tan fugaz como el presente? ¿Y quién podrá medir las distancias que él separa al tiempo de cada uno?
–José María de Cossio. “El Gran Teatro del Mundo”.

Concurrir a un debate a tomar parte en él con el propósito de convencer o de dominar al contrincante o de mirar a uno de ellos confundir el otro, demuestra que se ignora lo que se piensa, extrema incapacidad, bajeza y barbarie. Demuestra carencia de cultura. Prueba que se es forastero.
–*Charles Péguy. “Note sur H. Bergson”.*

El hombre de cultura, cuando está comprometido en su función de comprender, no debe dejarse trastornar por los celosos de la ortodoxia ni por quienes hayan sido tomados de excesos y novedades, puesto que unos y otros estarán siempre prestos a enrostrarle, cuando no escoja la alternativa de la derecha, que traiciona la civilización y cuando no se sume a la alternativa de la izquierda, que se opone al progreso.
–Norberto Bobbio, “*Política e Cultura*”.

PROPOSITO

En marzo de 1952 las altas autoridades civiles y eclesiásticas de Barquisimeto me invitaron para que inaugurase el ciclo de conferencias con que se abría la conmemoración cuatricentenaria de la vieja Nueva Segovia. Tras de haber exaltado el valor histórico y la función institucional de la ciudad, concluí mi disertación en estos términos: Ser venezolano no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América, en ayuda de los otros hermanos que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente.

La dimensión del rango histórico que representa ser venezolano, –rango oculto y dormido al cual sabe hacer honor el pueblo–, es el motivo central del presente discurso, elaborado sin erudición, ya que no tengo a mi alcance mis cuadernos de apuntes ni mi biblioteca personal; en cambio, meditado

*Ediciones del Congreso de la República. Caracas / Venezuela 1990. (Texto tomado de la 1era. Ed. Caracas: Edic: Independencia. 1956. 141 p.) Págs. 189-203.

con devota pasión durante más de tres años de ausencia de la Patria. Cualquiera diría que es un verdadero discurso anticartesiano, tales son el rumbo meándrico y el aspecto inconexo de los temas contemplados. Aunque de largo madurada, la idea es difícil para su encaje en líneas esquemáticas.

Entre los factores que caracterizan a los pueblos, juegan papel preponderante una serie de valores imponderables, que evaden la posibilidad de ser definidos. Esos valores sutiles, escurridizos, que hacen el alma de los pueblos, más son para sentidos que para aprehendidos para la investigación inteligente. Los poetas y los artistas tienen, en cambio, intuición para recogerlos y transmitirlos como mensaje imperioso de la tierra. El modo de la voz de los pueblos escapa a toda investigación lingüística. Ese “modo”, como recorte de un “modo” más general, está placentariamente unido con la vida emocional, geográfica e histórica de las comunidades. Aflora con riqueza de colorido en el terreno de lo folklórico y dura por tiempos, como testimonio de una actitud cultural. Su discrimen promueve a veces interpretaciones erróneas, por donde muchos investigadores y entusiastas divulgadores de temas demosóficos creen servir a las clases populares manteniéndolas en permanente contacto con estos viejos estratos, que si bien valen todos en el campo de lo ilustrativo, en cambio, muchos no sirven para la función de conducir, implícita en el orden de lo educativo. En nuestro caso nacional, sería recomendable que los altos círculos sociales bailasen con frecuencia “El Carite” y destejiesen periódicamente “El Sebucán”. Estas diversiones, tan cercanas al pueblo, a la tierra, a lo primitivo venezolano, les servirían de aire propicio para entonar los desfallecientes pulsos cívicos. A las clases no cultivadas en razón de carencias económicas, debería, en cambio, educárselas en forma de que puedan sentir y entender a Mozart, a Bach, a Ibsen, a Beethoven, a Benavente, a Tchaikowski, a Fabbri.

Tales valores de sociología emocional no entran en el plano del presente esbozo. Apenas he querido apuntar aquí una serie de factores capaces de definir en la zona de las ideas la “circunstancia” y la “situación” que caracterizarían lo venezolano. Del hondón de la Historia y del propio sentido de la realidad geográfica se pueden extraer datos que ayuden a definir el papel que corresponde al venezolano en el orden de América y en el orden mayor de la comunidad universal de los pueblos. Gracias a este análisis se hace posible conocer la trayectoria del impulso que busca la propia realización de la persona humana como agente de cultura. El pueblo que ayer hizo la libertad de un continente no puede cambiar un título de tanta excelencia por el menguado oficio de sordo tecnócrata, dedicado a la venta de hierro y de petróleo. No es tolerable la sustitución de los sueños alucinados del Quijote por el ronquido satisfecho de Sancho Panza.

El hombre es ante todo y sobre todo Historia. Como ser implantado en la dimensión de lo temporal, el ente humano se mide y se juzga por la proyección de su libertad en el plano de la Historia. Sobre el contorno que define y da unidad al comportamiento de cada grupo social, se fijan los datos que llevan a sociólogos y a historiadores a determinar el carácter de cada pueblo. Tiempo y espacio se acoplan para estructurar la constante por donde las diversas colectividades adquieren rasgos de personalidad nacional. La misión de un pueblo será tanto más clara cuanto más preciso sea el conocimiento que se tenga de sus peculiaridades y del fin que le está atribuido dentro de la contingencia circunstancial en que obran los elementos dinámicos e intrínsecos que definen su situación en el orden de la vida pública. Al examen de teoría de un pueblo. Entender en forma simple y precisa las posibilidades de perfeccionamiento de los supuestos sobre los cuales se asienta una cultura, es deber fundamental de quienes se preocupan por servir los intereses de su grupo nacional

y, a través de él, los grandes intereses de las regiones y los supremos intereses de la comunidad humana.

El problema de nuestra realidad de pueblo ha tropezado en América con dificultades tremendas. ¿Qué somos en el territorio universal del hombre? Responder a esta pregunta constituye por sí solo una labor erizada de peligros. Una es la América española que en 1810 se asomó al panorama de los pueblos libres y otra es la Hispanoamérica de 1955. Pero la de hoy descansa sobre la realidad histórica de principios del Ochocientos, como la América de la independencia tiene por fuerza que buscar para la explicación de la voces que le dilataron la garganta, a la América caótica del Quinientos.

El fenómeno de trasplante realizado en el siglo XVI inicia una época en nuestro Hemisferio que coincide con una extraordinaria variación en el terreno de la Filosofía y de la Historia del hombre. La vieja cultura mediterránea ganó en aquella época dos certezas de trascendencia espantosa: con la experiencia de la esfericidad de la tierra adquiriría un conocimiento preciso del pueblo del hombre en el cosmos. Colón y Copérnico presiden la cultura moderna. El hombre dejó de sentirse centro de un sistema planetario, a tiempo que el europeo miraba, como compensación del derrotado geocentrismo, un campo más ancho para la realización de su cultura.

El proceso de europeización de América tiene su correlato negativo en la destrucción de las culturas aborígenes de México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, y en el sojuzgamiento duro, y frecuentemente bárbaro, de las grandes masas indígenas. Para dar nueva dimensión al problema, los esclavistas trasladaron de África al Nuevo Mundo densos grupos de población negra, que aún durante el régimen de clases y saltando sobre las trabas de la esclavitud, se unieron con los blancos y los indios para abrir nuevos capítulos a la antropología general.

Así no se hubiera cumplido la total fusión de las culturas, a boca del siglo XIX ya existían en la América española estructuras con derecho a dirigir su propio destino. El marchamo de dichas estructuras exhibía la tinta indeleble llevada por la gente conquistadora. Lo que se movía, lo que sentía, lo que se pensaba en nuestra América hispánica, tenía como dignidad diferencial el sello trasplantado por el español, sobre el cual había impreso a la vez, y con gran fuerza, sus peculiaridades el nuevo mundo geográfico y democrático de las Indias. Muchos han querido ver en aquel sello apenas la impronta dura de las fraguas donde se herraban los fieros caballos de los conquistadores. En el grueso de las carabelas, junto con los ásperos guerreros, viajaban, también, hombres de pensamiento y corazón bien puestos. Con el hierro, que aseguraba el dominio de la indiada, iba el hilo dorado de un pensamiento de justicia. Los caldos de la vendimia renacentista fueron en buenas cubas, donde adobaron los ricos vinos. Posiblemente en Coro, estuvo con Ampies su yerno Lázaro Bejarano, entusiasta erasmista, con quien tuvo que hacer la Inquisición de Santo Domingo, México admiró la extraordinaria experiencia de Vasco de Quiroga.

El choque, en cambio, entre Metrópoli y provincias ultramarinas produjo un olvido de nuestras propias fuentes nutricias y, como proceso reaccionario, llevó al reniego de los viejos valores. Se confundió lo hispánico con lo colonial. Se desconoció, en consecuencia, el afincadero de nuestra cultura y se produjo una actitud delicuescente en todo el orden formativo de nuestros países. Entre éstos fue México el que mayor densidad había alcanzado durante la edad precolombina y durante el proceso colonizador. Sin embargo, México, como apunté en el ensayo "Patria Arriba", vio quebrada su cultura aborígen a la manera como se quiebra un cántaro de barro al chocar con un caldero, según plástica expresión de Alfonso Reyes. Para unir en vano su hora presente con el pasado de la antigua autonomía destruida por las huestes conquistadoras de España, tendría que abjurar

el gran país hermano todos sus extraordinarios valores en el área de la nueva cultura universal. Esa falta de asimilación de la propia Historia ha hecho más grave y doloroso en México el proceso de desarticulación por donde la técnica y la fuerza del Norte han logrado apoderarse de grandes recursos económicos y morales del maravilloso país de Hidalgo y de Morelos. Empeñados los indigenistas en sostener una lucha artificial y fuera de tiempo entre Hernán Cortés y Guatemoc, no han hecho sino dejar al descubierto las brechas por donde se introduce el enemigo. Embrazados el príncipe aborígen y el conquistador aguerrido, harían su cambio, fácil de defensa de un orden donde por igual crece la prestancia imperiosa de ambos próceres.

Para explicar la emancipación fue invocada la fuerza de meros factores exógenos, violentamente implantados en nuestro mundo. Así no estuviere completamente arrumbada hoy esta tesis, tampoco bastaría por sí sola para negar el sedimento antiguo, ya que la emancipación fue voceada por criollos españoles y no por ingleses o franceses. Si hubo un fuerte grupo dirigente y aún una alerta clase baja que supieron escuchar las consignas revolucionarias, valdría ello, por sí propio para avalar la existencia de una solera de formación colonial y la presencia de un pueblo con suficiente cuaja cívica.

Sin embargo, quienes primero “tropezaron” con el pueblo antiguo estaban formados de una manera de empirismo dialéctivos, que les hizo mirar en el proceso causal los traumas racistas y telúricos puestos a la moda por la sociología aristocratizante y clasista que enseñaban los sostenedores de insalvables hiatos entre los grupos humanos (En nombre de esas teorías, las cámaras letales del hitlerismo mataron hasta niños judíos y en nombre de ellas mismas los países de formación anglosajona mantienen a los negros en niveles de vergonzosa inferioridad). No pudieron historiadores y sociólogos negar la existencia del pueblo que fue hasta Ayacucho a sellar la independencia, pero lo tararon

y lo condenaron a una *capitis diminutio*, por donde ha sido fácil el relajamiento de su vertebración moral, a tiempo que se quebrantaron en el campo de la autonomía preciosas conquistas.

Primero se negó la autenticidad del pueblo colonial y se declaró nuestra independencia mero contraeco de la Revolución Francesa, más tarde se fue contra el principismo de los Padres antiguos y se habló del “error de creer que los pueblos se regeneran con discursos elocuentes, con artículos de periódicos o con puros preceptos constitucionales”. Los románticos negaron la autenticidad del pueblo e imputaron a la simple influencia de doctrinas extrañas a la realidad de lo hispánico, la obra revolucionaria; el burdo materialismo, que había trocado los endeblés supuestos de racionalismo de la Ilustración con un arbitrario empirismo, terminó por destruir los fundamentos históricos y doctrinarios de la República, al dar patente de legitimidad y declarar dogma de “realismo” venezolano, a un sociologismo organicista y pesimista, cuya ambigüedad disuelve la propia fuerza defensiva del pueblo.

Por medio de un vulgar inventario de bodega se ha dado más precio a lo desvalioso que a los factores saturados de gérmenes constructivos (Siempre los bodegueros cuentan como de mayor entidad los bultos destinados a cubicación, así contengan mercancías de escaso peso). Una sociología optimista ha debido mirar preferentemente a la fuerza contenida en los hechos cargados de valor. El sentido empírico de la crítica más vio, en cambio, al volumen de los hechos tradicionales, y para insinuarse obrepticamente en el ánimo de los poderosos, concluyó negando el valor del pueblo. El falso instrumental del materialismo positivista llevó a desoír enseñanzas nutridas de acierto generoso. Antes de leer en “Los Hermanos Karamazov” el apólogo de la cebolleta, ya lo había escuchado en tiernos años y sin su parte negativa, de labios de la cocinera de mi casa. Enraizada la leyenda en el folklore

universal, el pueblo sabía por ella cómo una mala mujer logró escapar de las llamas del infierno asida de la cebolleta que en vida dio a una pordiosera. Fue la sola acción que a la infeliz se la pudo abonar como bondad practicada durante su existencia mundanal. Se salvó la mujer por la única pequeña obra generosa realizada en vida. Apólogo fresco, optimista, cargado de esperanza, que debieran tener presente quienes enjuician el comportamiento de los pueblos. Para juzgar una conducta, más ha de mirarse a lo que es producto de la reflexión creadora que a las reacciones de las fuerzas instintivas. Aún más: el brillo del aparente triunfo da falso relieve a lo que en sí carece de precio, mientras la virtud se escurre en la discreta pesar Manuel Palacio Fajardo. José Vargas, Martín Tovar Ponte, Juan de Dios Picón, Santos Michelena, Fermín Toro, Estanislao Rondón, Ricardo Labastida, Juan Vicente González, J. M. Morales Marcano, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista, Manuel María Carrasquero, Agustín Aveledo, Edmundo Chaumer, Leopoldo Torres Abandero, Pedro María Morantes, Mons. Jáuregui Moreno, Luís Espelosín, Pedro María Morantes, Rafael Arévalo González, Raúl Cuenca, que aquellos que hicieron feria del respeto debido a las instituciones. Sobre lo positivo de los hombres ejemplares se hace fácil edificar una teoría que adoctrine al pueblo para el cumplimiento de sus grandes deberes.

Esta es la lección positiva y esperanzada de quienes confían en la perdurable, aunque tardía, fecundidad del bien; lo contrario es tanto como abrir vías a la desesperación satánica o amoldar la voluntad a la cómoda resignación de “aquellos ciudadanos que se creen en presencia de una fatalidad, de la que ya no serían responsables”, a causa de sentirse implantados “frente a la complicidad universal en el mal, en presencia de las innumerables faltas de los ciudadanos, faltas que todas y cada una salen de la libertad de cada uno y de la complicidad de todos los otros en las caídas del pueblo”, según agudo decir de Williams James.

Las generaciones que actualmente presencian el cambio extraordinario ocurrido en el orden demográfico y en las posibilidades económicas del país, necesitan mantenerse fuertemente asidas al hilo ariadónico que pueda guiar con éxito feliz los pasos del hombre venezolano a través del peligroso laberinto de un mundo que ha visto el desplazamiento de la realidad. Crisis en el área de fuera –nuevos imperativos y nuevos territorios de acción impuestos y ganados por la técnica, junto con una desviación de los valores en el cuadro de la normatividad de los pueblos– y crisis en el terreno interior de una nación que aún desconoce integralmente los cánones definitorios de su razón histórica de existir.

La presente exposición de temas y motivos carece, como he dicho, de apariencia metódica. Arranca su desarrollo literario de consideraciones suscitadas por la crisis de nuestras Humanidades y se amplía hacia la revisión de delicadas materias enraizadas en el propio cascabullo de la venezolanidad. En ella se plantean situaciones polémicas y desnudas críticas sobre nuestra realidad sociológica y acerca de juicios que sobre ella han sido ya emitidos. Ningún afán de defender posiciones egoístas asoma en el presente ensayo. En él vuelvo una vez más sobre temas tratados durante más de un cuarto de siglo, con la misma pasión venezolana que caracteriza mi obra modesta de escritor. Cuando el país siente sobre su cuerpo geográfico el impacto de la técnica que acondiciona las ciudades y los campos para el venezolano del futuro, y cuando mira crecer su capital humano por la aportación de nuevos pobladores, precisa que se dejen oír también las voces monótonas que recuerdan la necesidad de diseñar en el espíritu de los hombres nuevos el contorno que les recorte íntegramente cuando se asomen al vano de los portales iluminados por las luces del ofuscante progreso. Apenas un modesto empeño de servir a la cultura del país en la medida de las posibilidades de mi obra. Un transido anhelo de ayudar a la formación de conceptos defensivos de lo nuestro, sírveme

de permanente falsilla cada vez que escribo sobre el destino de Venezuela.

Formado en el seno de una colectividad a la cual un agresivo solipsismo ha desvirtuado el sentido social de la intersubjetividad, pongo insistente empeño en hacer presente la responsabilidad pareja que nos toca en todo lo que dice a deficiencias nacionales. Jamás he pretendido escribir con olvido de mis propias fallas. Quizás nada me ha enseñado tanto cuanto me han enseñado mis errores. Con ellos por delante, he mirado a la posibilidad de una actitud que me ayude a convertir la experiencia de mi angustia en alegre enseñanza que beneficie a otros. Algunos, en cambio, por vanidad o por malicia que rompe el más hábil disimulo, olvidan sus faltas y, para minorarlas, incitan a otros a superar las marcas ganadas por los más notorios transgresores.

En roce constante con los grandes valores de la España Eterna, cuyo es el mérito de haber dado el mejor nutrimento para el tuétano de nuestro pueblo, más claramente me he sentido en el deber indeclinable de defender nuestras estructuras nacionales, llamadas a ser unidades valentísimas en el conjunto de pueblos a quienes está reservado la ampliación futura del radio valorativo de lo humano. Entonces habrá sosiego y plenitud, cuando sobre el forcejeo de las diversas unidades políticas, asiente con sus blancas banderas la “civitas pacis”, perseguida afanosamente por los hombres desde el puesto modesto de lo cotidiano. No ha pasado aún la hora propicia para ganar la plenitud que nos aboque con su presencia. Muchos han comenzado a trabajar con éxito antes que nosotros. Mientras que otros han labrado entusiastas la viña, nosotros nos hemos mantenido ociosos a la vera del camino. Sin embargo, a los jornaleros que empezaron a trabajar cuando era la hora undécima, les fue pagado su trabajo como si hubieran sido concertados mientras aun estaba el sol sobre la línea de los horizontes. Jamás es tarde para comenzar el buen trabajo. La hora undécima es propicia para ganar la plenitud

de la vendimia. Nos urge solamente sabernos acompañados y unidos en el esfuerzo por ganar el buen éxito en nuestras irrenunciables tareas. Somos muchos, muchísimos los que aguardamos el buen aviso. Somos muchos, muchísimos los que estamos obligados a cumplir el mismo deber. ¿Hasta cuándo vivimos en el indiferente aislamiento que nos lleva a olvidar que nuestras casas, así grandes o pequeñas, forman una misma línea a lo largo del polvoso y duro camino que diariamente transitamos? Recordemos el dolor de la canción de Ts’ut Hao. “-Dime, ¿dónde vives?- Aquí, cerca de la pesquería. – Juntemos nuestras barcas: veamos un poco si somos de la misma ciudad.- Sí, vivo aquí a la ribera del río, y ¡qué de veces lo he navegado!- Ambos somos nacidos en C’ang-Kan, ¿cómo es posible que no nos hubiéramos conocido antes?...”

¿Habremos de esperar nosotros la hora de la desesperación sin remedio, para preguntarnos la razón de nuestra anterior ignorancia sobre la comunidad de nuestro indesviable destino? ¿No es urgente, en cambio, que la hora undécima nos encuentre apercebidos para emprender con alegría y entusiasmo un recio trabajo con el cual podamos alcanzar niveles de eficacia, que haga de nuestro salario un salario de justicia?...

M.B.-I.

Madrid, 2 de febrero de 1956.